

EL TIO CAMORRA,

PERIODICO POLITICO Y DE TRUENO.



EL LITERATO EN LA LUNA.

El *Tío Camorra* no ha querido hasta la presente coger la *grippe*, y ha tenido mas de una razon para ello. La primera y principal de todas está en que el *Tío Camorra* tiene un gran compromiso contraído con el público español, y no quiere que sus *palizas* sufran interrupcion, no digo yo por una cosa tan ruin y mezquina como pasar la *grippe*, sino por todos los *tifus* y *cóleras* del mundo. Así, pues, aunque la enfermedad reinante ha penetrado en casa del ciudadano de Torreledones y atacado de firme á *D. Juan de la Píndrica* y á la *Cotorra*, y por mas instancias que ha hecho la tal *grippe* para cumplir con el *Tío Camorra*, este se ha negado rotundamente á recibirla; como está dispuesto á rechazar cuantas epidemias se presenten mientras el paleto egerza la noble y santa mision

de ilustrar al pueblo y desenmascarar á los truchimanes públicos. Y á fin de que la *grippe* desistiese de su temerario empeño, fue preciso transigir el negocio del modo mas prudente posible, consistiendo este en firmar un pagaré el paleta á la *grippe*, contrayendo una deuda que pagará á los ocho dias vista de concluir la publicacion del periódico. Cuando el *Tio Camorra* deje de escribir, no tendrá inconveniente ninguno en pasar la *grippe*; pero entre tanto dice que no le acomoda y no la pasará. Ahora bien; como que el *Tio Camorra* lleva ánimo de no cesar en su publicacion mientras tenga suscritores, y estos van en aumento de dia en dia, resulta que ya habrá la tal *grippe* dejado de existir cuando quiera venir á cobrar el pagaré, y el *Tio Camorra* se saldrá con la suya de no pasar una plaga que hasta en el nombre revela su condicion francesa.

Otra de las razones que el *Tio Camorra* ha tenido para no hacer caso de la *grippe*, es que el paleta de *Torrelodones* no es muy aficionado á seguir las modas, y como que la enfermedad traspirenaica pueda considerarse en el dia como un mal de moda de que los elegantes han echado mano para darse tono, los empleados para no asistir á las oficinas, los diputados para no hacer un triste papel en el Congreso etc., seria hasta bochornoso que el *Tio Camorra* dejase de dar una sola *paliza* por tributar homenaje á una moda tan pueril y ridícula como la *grippe*. Pero aunque el *Tio Camorra* no ha pasado la *grippe*, es tan poco aficionado á madrugar que (al menos en la temporada de los hielos) raro es el dia que no oye en la cama las doce campanadas del reloj, hora en que se apresuran á desocupar el puchero los habitantes de *Torrelodones*. Por esta razon suele recibir algunas visitas de confianza en la alcoba, y nada mas fácil que cogerle en casa durante el tiempo en que el rubicundo Febo anda la mitad de su camino sobre nuestro horizonte.

No hace muchos dias que estaba el *Tio Camorra* descansando tranquilamente entre las sábanas, cuando entró precipitadamente la *Cotorra* anunciando á un extraño viajero.

—¿*Tio Camorra, Tio Camorra!*

—¿Qué se ofrece?

—Que le busca á V. un caballero.

—¿Cómo se llama?

—No ha querido decir su nombre; pero dice que viene de la *Luna*.

—¿De la *Luna*? dije yo lleno de admiracion. Pero en fin, todo es posible. En un siglo en que el señor Montemayor nos ofrece el magnífico espectáculo de mecerse sobre nuestras cabezas el dia dos de mayo durante las exéquias de los que murieron por la independencia nacional, no será muy extraño que los lunáticos hayan descubierto algun globo capaz de recorrer uno por uno todos los astros que vagan por la celeste bóveda. Despues de esta natural reflexion, pregunté á la *Cotorra*:—¿Qué lengua habla ese señor?

—El castellano puro y rancio.

—¿Cómo? ¿Habla el castellano?

—Sí señor, y trae una obra escrita en este mismo idioma.

—¿Es posible! Vaya, por lo visto también en la Luna se habla la magnífica lengua de Cervantes; á no ser que algun español haya subido antes á la Luna y dado algunas lecciones de nuestro idioma.

—Conque, *Tío Camorra*, ¿qué quiere V. que conteste á ese señor?

—Que pase á la sala y tome asiento.

Dicho y hecho, entró el lunático en la sala, y á poco rato se halló frente á frente con el *Tío Camorra*, á quien espuso el objeto de su visita del modo siguiente:

«El primer deber de todo hombre honrado es el de promover por cuantos medios esten á su alcance el bien común.»

—Según eso, le contesté yo, deben ser muy pocos los que en el día merezcan el nombre de hombres honrados.

«Dotado yo por mi desgracia de un carácter reflexivo, he deplorado desde mi infancia el cúmulo de desdichas que pesan sobre mis semejantes, y ansiaba que se encontrase un medio de hacerlas menores, ya que el extinguirlas fuese absolutamente imposible.»

— Mi amigo, le contesté, pesada tarea es la que ha tomado usted sobre sus hombros, y desconfío mucho de que obtenga un buen resultado.

«No lo crea V., me respondió el lunático sin vacilar. Hay cosas sumamente sencillas que á primera vista parecen imposibles, y toda la dificultad consiste en dar con el secreto. V. habrá visto varios juegos de manos que dejan absorto al que no los comprende. V. recordará igualmente el tan sabido lance del huevo de Colón. Estos y otros ejemplos pertenecen al número de las concepciones humanas que avergüenzan al hombre luego que ha penetrado el secreto por su misma sencillez. Pues bien, mi plan de reforma social es tan sencillo como éstas combinaciones, y lo que hombres muy eminentes malgastando mucho dinero, manteniendo ejércitos y dictando leyes cuya severidad causa espanto no han podido conseguir para moralizar la sociedad, me propongo yo alcanzarlo en menos de una semana, poniendo en práctica mi secreto.»

— Y qué es lo que se propone V. en tan escaso tiempo?

«La estincion completa de los ladrones, asesinos, contrabandistas, barateros, duelistas, vagos, monederos y testigos falsos, etc., etc., sin necesidad de que para perseguirlos haya policia, resguardo, ni ningun empleado que grave con su sueldo á la nacion, y sin que se perjudique á dichos criminales, pues solo deseo mejorar su suerte y condición social. Tambien me propongo impedir que los jueces tuerzan la justicia, que los escribanos abusen de la fé pública con documentos falsos, que los médicos vendan sus declaraciones legales, que los abogados charlatanes embrollen los pleitos, que los empleados prostituyan sus destinos desollando al pobre, y en fin, reprimir toda clase de abusos é ilustrar y moralizar la sociedad en términos de ha-

cerla tan feliz como puede llegar á serlo entre los hombres.»

Confieso que al oír hablar así, tendi una mirada escudriñadora al ciudadano reformista como buscando en su cara señales que me convencieran de que aquel hombre era verdadero lunático; pero no encontré en sus facciones nada que me hiciera sospechar de su razón. Después de un momento de silencio le dije:

— Como V. fuese hombre de cumplir una sola de las promesas que ha hecho, le haria yo ministro universal por término ilimitado.

— «No pido yo tanto, me dijo, y para cumplir todo lo que he ofrecido, no exijo mas que seis dias de ministerio.»

Al oír esto volví otra vez á mirar al hombre que tenia delante de mí, el cual, conociendo lo que pasaba por mi imaginacion me interrumpió diciendo:

— «Copozco lo que me quiere V. decir con esa mirada. Todos los hombres que en el mundo han hecho un descubrimiento importante, han sido perseguidos por los gobiernos ó por el desprecio de sus semejantes. V. habrá creído como otros muchos que yo soy un loco, en cuyo concepto me tienen todos los que han oído hablar de mi reforma; pero yo me someto gustoso al ridículo y al menosprecio de la sociedad en que vivo, descansando en la justificacion de mi conciencia. No señor; no soy un loco. Poseo un secreto de la mayor importancia; estoy seguro de cumplir todo lo que prometo, en la inteligencia de que si no lo consigo llevaré la penitencia en el pecado.»

— Efectivamente, repuse yo, que todos los hombres que han dado algun paso en la ciencia han sido víctimas del ridículo ó de la mas encarnizada persecucion. Véase, en pago de los gigantescos pasos que dió en la anatomía humana, fué condenado á muerte por la inquisición, obteniendo dificilmente de Felipe II que aquel nefando tribunal le conmutara la pena en la de una larga peregrinacion á la tierra santa. Harvey sufrió las mayores injurias por haber proclamado la circulacion de la sangre. Guttemberg fué mirado con desdenosa indiferencia por los que no podian conocer la importancia de la imprenta. El sistema de la gravedad de Newton fué rechazado al principio como un absurdo. Galileo pasó una parte de su vida en los calabozos de Italia por atreverse á anunciar el movimiento de la tierra. Don Benito Bayls, matemático español, sufrió tormento en el brazo derecho por su cálculo de las probabilidades, y sin embargo la posteridad ha hecho justicia á estos grandes hombres asombrándose de las persecuciones que sufrieron. No quiero por esto decir que yo le confunda á V. con ellos, aunque tampoco niego absolutamente la eficacia de su secreto sobre reforma social, y puesto que el ensayo costaria tan poco y el término de seis dias es tan corto en la vida de un pueblo, si yo fuera rey puede que hiciera la calaverada de hacerle á V. ministro por seis dias, aunque no fuese mas que por ver si podia ganar algo arriesgando tan poco. Cuando Colón anunció la existencia de los antipodas tuvo tambien la suerte de pasar por loco entre sus contemporáneos, y si la reina Isabel la Católica no hu-

biera hecho la calaverada de facilitar al nauta genovés recursos para su expedición, quizá hubiera llegado el año 1848 sin que la Europa hiciera el importante descubrimiento del Nuevo Mundo, y la historia, caso de ocuparse de Colon, le hubiera dedicado una pagina consagrada á los grandes *monomaniáticos*.

¿Quién sabe si una calaverada de doña Isabel II acreditaria su reinado y legaria á la posteridad un nombre digno de colocarse al lado de los primeros genios del mundo? Por otra parte; hay una razon que milita en favor de V.; señor D. ¿cómo es su nombre de V.?

—Antonio Velazquez y Cabrera,

—Pues bien; señor D. Antonio Velazquez y Cabrera; digo que hay en favor de V. muy buenos precedentes.

—¿Cuáles son?

—Repase V. la lista de los que han sido ministros en España de muchos años á esta parte, y dígame V. si despues de haber visto á semejantes hombres en el poder, no debe abrigar todo ciudadano la justa ambicion de ser ministro. Y cuando tales nulidades se han arrellanado en la poltrona, entes oscuros la mayor parte, ignorantes todos, mal intencionados algunos de ellos, y todos sin escepción dispuestos á sacrificar el bien del pais á los intereses de una escasa pandilla, ¿qué derecho tiene nadie para reputar por loco á cualquier ciudadano que pretenda ser ministro?

—Es decir que V. no tendria inconveniente en favorecer mi plan?

—Segun y conforme, amigo mio. Si yo tuviera la facultad de quitar y poner ministros, me haria el cargo de que en un pais donde han sido ministros Gonzalez Bravo, Portillo, Mayans, Sartorius, Mon, Pidal, el marqués de Miraflores y otros varios, podian aspirar á ocupar este elevado puesto (siete aguadores de Puerta Cerrada; pero tales habian de ser las condiciones que yo impusiera á los pretendientes, que tal vez no hallaria ministros aunque los buscara con un candil.

—Sepamos esas condiciones para cuando V. tenga la facultad de elegir ministros.

—En primer lugar, ningun ciudadano habia de subir al poder sin manifestar su programa de gobierno.

—Estamos de acuerdo, y por eso le dado yo mi programa al solicitar que me hagan ministro por seis dias.

—En segundo lugar, cuidaria de que no se me engañase con promesas que no habian de tener efecto.

—Yo le aseguro á V. que estoy pronto á cumplir todo lo que ofrezco.

—Y por último, si alguno hubiera tan insensato que por la ambicion de ser ministro, prometiera ventajas de cuya realizacion no estuviera seguro, vive Dios que habia de pagar bien cara su osadia, porque ya tengo yo meditado un castigo eficaz, infalible, para que los ministros no ofrezcan mas de lo que pueden cumplir, y cumplan

todo lo que ofrezcan. Así, pues, si yo tengo algún día la facultad de elegir ministros, ciente V. con que le concederé los seis días de gobierno, en la inteligencia de que al sétimo día he de palpar los resultados de su programa, ó de lo contrario viva V. preparado á recibir el castigo.

—¿Y cuál es ese castigo?

—¿Y en qué consiste su reforma social de V.?

—Mi reforma social es un secreto.

—También mi castigo es un secreto. Por lo tanto reflexione V. un poco, calcule sus fuerzas, y vea si efectivamente no necesita más que seis días para realizar su sistema de gobierno, que á la circunstancia de su bondad reúne la de no exigir mucho tiempo y ser barato, requisitos muy recomendables en estos tiempos.

EL TONTO DE CORIA.

Desde que me salieron los dientes he oido hablar del tonto de Coria, sin saber el verdadero origen de tan tonta celebridad. Al cabo de muchas investigaciones he podido traslucir algo que pondré en conocimiento de mis lectores para que lo sepan. Parece que en las inmediaciones de Coria hay un río, y en las inmediaciones del río un puente. Es decir que el puente no está sobre el río, que es como se acostumbra á construir los puentes en toda tierra de garbanzos, si no se quiere hacer un trabajo enteramente inútil; porque en efecto ¿qué objeto puede tener un puente donde no hay río? No obstante, algún genio debía haber en el mundo tan extravagante que tuviera este singular capricho, y este genio fué el que construyó, como llevo dicho, un puente en las cercanías de un río que pasa por las cercanías de Coria. Al arquitecto que construyó el puente, según noticias, es á quien se ha conocido después con la denominación de tonto de Coria, denominación muy justa, porque solo á un tonto y tonto de Coria, se le podía haber ocurrido la peregrina idea de fabricar un puente donde no hay río.

Después de este tonto, parece maldición de Coria, pero tengo por cierto que nunca ha faltado un tonto rematado en esta ciudad, y así hemos contemplado en nuestros días en el Senado los desatinos de otro tonto de Coria; y por último, hay en la actualidad en Copia un suscriptor al *Tío Camorra* que se lamenta de que en una de mis anteriores palizas haya hablado mal de la Inquisición. Este suscriptor, llamado D. Manuel Bases, se manifiesta partidario de ese tribunal de ignominia y barbarie que se hundió por el mismo peso de sus iniquidades; y aunque no hiciera el tal D. Manuel Bases otra cosa que salir á la defensa de la Inquisición, ya podríamos calificarle de tonto á la altura en que se halla la civilización del mundo;

pero lo singular del caso es que D. Manuel Bases, siendo partidario de la Inquisicion, se haya suscrito al *Tío Camorra*, ó mas bien, que siendo suscriptor al *Tío Camorra* haya esperado otra cosa que ataques virulentos á la Inquisicion. Esta segunda parte elevaba á dicho señor D. Manuel Bases á la dignidad de uno de los grandes tontos de Coria.

El hecho es que D. Manuel Bases tiene tres dignos amigos, los cuales, leyendo la paliza 19 en lo relativo á la Inquisicion, se encolerizaron tanto que rompieron el papel y resolvieron escribir una carta al *Tío Camorra*, diciéndole que variase de rumbo si no queria quedarse sin suscritores. A la verdad, el *Tío Camorra* no piensa enmendarse en este punto, aunque se quedara sin suscritores, pero está bien convencido ademas de que la mayoría de sus suscritores detesta la Inquisicion, como institucion contraria á la humanidad y al buen juicio, y no teme que en esta parte sus escritos puedan disgustar como no sea á algun tonto de Coria.

Dicen tambien el tonto D. Manuel Bases y sus tres correligionarios de Coria, que el que se pica ajos come; queriendo deducir que el que tanto teme á la Inquisicion sus razones tendrá para ello. Estoy de acuerdo con la consecuencia, y creo que no haya en el mundo un hombre á quien no inspire serios temores la Inquisicion; porque un tribunal que por cualquiera accion sencilla, por una palabra pronunciada sin intencion, condenaba á morir á los hombres entre las llamas, debe inspirar recelos á cualquiera que conozca la atrocidad de semejantes castigos, y para no conocerla es preciso no tener sentido comun; se necesita ser lo que se llama vulgarmente un tonto de Coria.

Para intimidar al *Tío Camorra* y obligarle á poner una rectificacion, le amenazan los de Coria por boca de D. Manuel Bases, que es como si dijéramos por boca de ganso, con avisarlo á la *Esperanza* ó al *Católico*, en cuyas redacciones dicen que cuentan amigos. ¿Para qué queria mas el *Tío Camorra* si tal cosa sucediera, y la *Esperanza* y el *Católico* sostuvieran la mala causa de los tontos de Coria? Suplico, pues, á D. Manuel Bases tenga la bondad de continuar en su propósito, porque así como así abundan poco los materiales estos dias para ejercitar la sátira, y quisiera que me dieran motivo para divertirme algunos dias á costa de la *Esperanza*, el *Católico*, D. Manuel Bases y demas tontos de Coria. Para concluir voy á dirigir la palabra en verso á D. Manuel Bases, suscriptor por equivocacion á mi periódico.

Don Manuel, aunque imprudente

me juzgue ó inoportuno,

digame usted francamente:

¿Es usted quizás alguno

de los que hicieron el puente?

Que al recorrer la memoria

tontos de diversas clases,

quisiera ver en la historia
 al señor D. Manuel Bases
 entre los tontos de Coria.
 Además, los tres amigos
 cuyos nombres calla fiel
 aunque me habla sin testigos:

digame usted, D. Manuel,
 ¿son amigos ó enemigos?

No trague usted la pamplina
 de gente tan insensata,
 que solo trata ó maquina
 que solo maquina ó trata
 ponerle á usted en berlina.

Porque en verdad, si esa gente
 abriga ideas tan viles
 deben de ser, francamente,
 todo lo mas albañiles.

que han trabajado en el puente.
 Mas si quieren rebuznar
 y usted coopera á su gloria

todos vendran á ocupar
 un escogido lugar
 entre los tontos de Coria.

LA ESTRELLA IBERICA, O DIOS LOS CRIA Y ELLOS SE JUNTAN.

Marchaba el otro día el Tío Camorra en direccion al Prado por la Carrera de S. Gerónimo admirando los grandes edificios que se han construido en esta hermosa calle, cuando antes de llegar al palacio del Congreso le llamó la atención una inmensa estrella colocada en la fachada de la casa de Santa Catalina, en cuya muestra pudo leer claramente estas palabras: *La Estrella Iberica*. Como es algo dado el Tío Camorra a la astronomia, llamó en el cuarto bajo del núm. 50 de dicha casa, deseoso de saber lo que significaba aquella estrella, y salió justamente á recibirle un hombre gordo, de menos que regular estatura, que dijo llamarse D. Francisco Amorós, primer introductor y constructor del nuevo sistema de billares en España. Preguntéle si se vendian estrellas en su casa, y me contestó que nó, que lo que en su casa se vende son magnificas mesas de billar con bandas de goma. He dicho que soy algo aficionado á la astronomía y no soy menos aficionado al juego de billar, por cuya razon pedile permiso para entrar á ver su taller, y tuve ocasion de ver algunos trabajos de ebanistería que no dudo en calificar de sobresalientes. Al mismo tiempo quise probar una mesa de mues-

tra que tiene el señor Amorós, cuya solidez y elegancia (hablo de la mesa) es superior á todo lo que he visto hasta el día.

—Precisamente debe V. tener gran despacho de mesas, le dije.

—Si señor, me contestó, si no hubiera especuladores que se han unido para arruinarme. Hay en esta corte un prendero llamado Cabicholi que quiso hacer conmigo sociedad desde que puse mi establecimiento en Madrid, cosa que yo rehusé, si no por indecorosa por innecesaria; pero este señor desde entonces se dedicó á traficar en mesas de billar, estableciéndose al efecto en la calle de la Magdalena, donde tiene su despacho, no como artista, sino como un cualquiera revendedor de los que dan gato por liebre. Mi representante en Madrid, tuvo además la desgracia de tropezar con un jugador, que debe ejercer grande influencia en las casas de juego, el cual impuso á mi taller la contribucion de 500 rs. por cada mesa que se vendiera, sopena de no despachar ninguna. Habia ya mi representante cumplido tan tiránica orden entregando á dicho jugador hasta 2000 rs. cuando me presente en Madrid, y enterado del negocio, cerré á aquel goloso la puerta de la colmena, de resultas de lo cual el mencionado jugador y el susodicho Cabicholi se unieron para hacerme la guerra á la sordina. Para que pueda V. juzgar de parte de quién está la razon, le diré quién es cada uno. Amorós vende los géneros de su taller con la estimacion debida, porque todo es fruto de su trabajo, mientras el revendedor Cabicholi hace mangas y capirotos sin reparar en pelillos. Amorós nunca abandonará los compromisos que ha adquirido con el público, porque su establecimiento está basado no solo en la venta de mesas de billar sino en la parte de ebanisteria, que es en lo que estriva la estabilidad de su taller. Cabicholi como revendedor podrá despachar algunas mesas; pero llegará el caso en que no pueda sostener su establecimiento, y entonces los pobres que hayan tomado sus mesas se quedarán á la luna de Valencia y Dios sobre todo, y salga el sol por Antequera; en tanto que Amorós, dispuesto á sostener su reto artístico inserto en el *Diario* del 2 y 3 del actual, está igualmente dispuesto á llenar los compromisos que tiene contraidos con el público y con los particulares.

Dicho esto por el señor Amorós, me enseñó una larga lista de certificaciones en que se acreditaba la buena acogida que sus mesas han merecido en diferentes capitales de España, y por si acaso le hace falta alguna para destruir á sus enemigos allá vá la del *Tío Camorra*, que no es del todo incompetente en la materia: «Digo yo, el *Tío Camorra*, vecino de Torrelodones, como aficionado que soy al juego de palos, y un si es no es périto en el de la carambola, que de las mesas que he conocido hasta el día, antiguas y modernas, extranjeras y nacionales, no he encontrado mesas que reunan las condiciones de nivel y ligereza como las construidas por Don Francisco Amorós. Y para que conste doy la presente en Madrid á 23 de enero de 1848.—
El Tío Camorra.»

PREMIO Y CASTIGO.

En qué se parece un huevo á una castaña? En lo que se parece el gefe político de León al Contralor del hospital militar de Madrid; en nada. Para hacer palpable esta diferencia bastará decir que dicho señor Contralor y demas dependientes del establecimiento cumplen con su obligación, haciendo que sus trabajos sean compatibles y gratos para el gobierno y para la humanidad; en tanto que los oficios del gefe político de León, si lo que no es creible, merecen la aprobacion del gobierno, no pueden de hecho merecer el beneplácito de los hombres. Voy á citar un ejemplo de cada una de estas personas en el ejercicio de sus funciones. Parece que una desgraciada familia, compuesta de padre y madre y una hija de diez y seis años, de estado casada, al regresar á su patria despues de una penosa emigracion, se presentó el dia 14 del actual en el hospital militar de esta corte. Hallábase la hija en estado interesante y habia sentido el dia anterior los dolores precursores del parto. Escusado será decir que esta familia carecia de los recursos necesarios para su subsistencia, y que nada podian esperar racionalmente de un hospital dedicado tan solo á individuos del sexo masculino. Sin embargo, el señor D. Nicolás Muyrani, animado de los mas filantrópicos sentimientos y ayudado por el celoso profesor D. Rafael Ruiz, enfermero mayor de dicho establecimiento, prestaron todos los servicios que podia apetecer una familia desgraciada en la situacion angustiosa en que se encontraba; y despues de asistir y prodigar sus cuidados á la recién parida, echaron un guante los dependientes para favorecerla y enviarla al Hospital general. Enterado del sucesos D. José María Blasco, representante del contratista, y secundando los buenos deseos de sus compañeros y amigos, pasó recado al Hospital general ordenando que se pudiese á la puerpera en sala de distinguidas, y que durante el restablecimiento de esta se suministrase á sus padres abundante comida y cena.

Muy grato es para el *Tío Camorra* encontrar algo que elogiar entre sus semejantes, y no puede menos de dar las gracias á los mencionados sugetos en nombre de la humanidad, que es mas grande y mas fuerte que todos los partidos y pandillas en cuyo nombre explotan por desgracia otros funcionarios menos dignos la mina de la inmoralidad. Y no vaya á quejarse de esta palabra el señor gefe político de León, porque hablo de la inmoralidad política de que ha hecho alarde atropellando á los electores de Villafranca del Bierzo. Si no fuera porque todo el mundo está ya enterado de las alcaldadas del gefe político de León y de su empeño por favorecer al señor Quinones, hijo del famoso aunque supuesto marqués de Montevirgen, yo levantaria mi garrote para decir á la autoridad política de León cuántas son cinco. Y si en mi mano estuviera el

dar á cada cual lo que le corresponde, ya hubiera premiado la virtud de los empleados del Hospital Militar de Madrid, y castigado los desmanes del gefe político de Leon: medio muy á propósito para marcar la diferencia que hay de los unos á los otros.

~~~~~

**DON PEDRO JOSÉ PIDAL,**

(a) EL MINISTRO DE LAS REINAS HEMBRAS.

*Parte primera.*

En que dice, cuenta y refiere, como el niño Periquito José Pidal puso al nacer en combustion á toda la provincia, y las grandes disposiciones gastronómicas que reveló antes de que le salieran los dientes.

Allá en la tierra asturiana  
en una villa ó aldea,  
no sé si grande ó mediana,  
si próxima ó si lejana,  
ni sé si bonita ó fea.

Creo que en cierta ocasion,  
(si no se equivoca ó miente  
la señora tradicion)  
salia al campo la gente  
llena de consternacion:

No era para ver visiones,  
sino una estrella que al cabo  
de mil investigaciones  
resultó con cien millones  
quince mil leguas de rabo.

La pobre gente  
se amedrentó  
llanto, vertiendo  
con profusion:  
que aquel cometa  
se apareció  
cuando amagaba  
;Jesus qué horror!  
quemar al mundo  
la llama atroz  
de la francesa  
revolucion.

Todo el pueblo alborotado  
se desboca, se atropella,

y quiere desventurado saber el significado de la fatidica estrella.

Y segun el vulgo agreste, aquel resplandor celeste anunciaba que la tierra iba á acabar por la guerra ó á perecer por la peste.

No dire si se cumplió su pronóstico fatal; solamente dire yo que á poco tiempo nació D. Pedro José Pidal.

Nació el pequeño, ¡válgame Dios!

con unos dedos de segador, —

y unas espaldas de facistol,

y unas quijadas de tiburón;

que la provincia se estremeció

suavemente á su perdicion.

Creo que sus padres fueron los mas ricos del lugar,

pero tal nene tuvieron que dicen que empobrecieron

para darle de mamar.

Pues cuentan gentes no legas que para aplacar sus ganas

no hubo en Galicia gallegas, ni en Castilla castellanas,

ni en la montaña pasiegas.

Sin que yo mentiras eche al pintar sus dotes físicas

que no habrá quien lo sospeche, tuvo cien amas de leche

y todas murieron tísicas.

Iban las unas de otras en pos

cara pagando su indiscrecion;

que apenas daban un trago ó dos al pobrecito

que niño mamon, **le diz que solian**  
 echar veloz  
 hasta el redaño  
 por el pezon.

No pudiendo en fin hallar  
 con tanto mover las tabas  
 quien le diera de mamar,  
 los muchachos del lugar,  
 le pusieron Traga-aldabas.

Y no sabiendo qué hacer  
 su madre, que cariñosa  
 le cuidaba a su placer,  
 dijo para sí: no hay cosa  
 como darle de comer.

Bien lo sintió la infeliz,  
 que aunque en matar la gazuza  
 era Pidal aprendiz,  
 acabó con el mahíz  
 y encareció la merluza.

A todas horas  
 necesitó  
 darle con leche  
 sopa de arroz,  
 y sin embargo  
 nada bastó

porque era el chico  
 tan comilon,  
 que en siete dias  
 se merendó  
 catorce arrobas  
 de salchichon.

Aunque al nacer era un sapo,  
 como supieron quererle  
 y mimarle á todo trapo,  
 diz que se puso tan guapo  
 que daba gusto no verle.

De fino no dió señal  
 ni esto ha marcado su sino;  
 pues aunque parezca mal,  
 nunca estuvo por lo fino,  
 Don Pedro José Pidal.

Y antes de cumplir un mes,  
 aunque le pusieron faja  
 segun dicen mas de tres,  
 parecia una tinaja  
 con brazos, cabeza y pies.

Asi el maldito  
 fue tan feroz  
 y tales fuerzas  
 manifestó,  
 que amedrentaba  
 con una coz.

Pues hay quien dice  
 que el picaron  
 yendo de niño  
 por el Ferrol  
 mató una vaca  
 de un pisoton.

No al niño Pidal igualo  
 con Jesus de Nazareno;  
 mas diré de razon lleno  
 que aunque en la apariencia malo  
 no era en el fondo muy bueno.

Y á nadie causaba pena,  
 que aunque de algo tarámbana  
 no falta quien le condena,  
 tuvo la intencion muy sana;  
 mejor que la de una hiena.

Por eso en la poblacion  
 cada cual vivió tranquilo,  
 pues el niño Pidalon  
 tenia buen corazon,  
 mejor que el de un cocodrilo.

Y asi la madre  
 que le abortó  
 contribuyendo  
 por cuanto vos  
 á los estudios  
 le dedicó,  
 quizá ignorando  
 que el ababol,  
 la tierna rosa  
 de Jericó,  
 fuera la gloria  
 de la nacion.

Ejercicios escogia  
 muy nobles é inofensivos;  
 pues de niño todo el dia  
 dicen que se entretenia  
 en pelar pájaros vivos.

A todos daba buen trato,  
 que eran sus inclinaciones  
 tan propias de hombre sensato

que cuando atusaba al gato  
le dejaba sin pulmones.



Sé que tuvo algunos vicios  
de del génio que hoy revela  
eran muy claros indicios,  
y con tan buenos auspicios  
entró el muchacho en la escuela.

Iba vestido  
con redingot,  
canana, espuelas,  
sable y morrión.  
Y diz que muchos  
hombres de pró  
al ver al jóven  
Napoleon,  
vaticinaron  
que el niño atroz  
gloria sería  
de su nacion.

(Se continuará).

## A LA PRENSA.

Siento mucho á la verdad haber de tomarla con una dama como la *Prensa*, á quien profeso mucho cariño; pero que por lo mismo quisiera que no diera jamás un paso en falso como el que acaba de dar, diciendo que en el último baile dado en Palacio, se ha desairado al *Duque de la Victoria*. No ha habido semejante cosa; lo que ha ocurrido es que la señora *Duquesa de Rianzares* se manifestó quejosa porque el general *Espartero* no habia ido á visitarla, á lo cual el ilustre guerrero ha contestado, que mal podia ir á verla no sabiendo si seria bien ó mal recibido, y que si la *Duquesa de Rianzares* no tenia inconveniente en verle debia haber enviado á su esposo á cumplimentar al recién llegado, á quien debia esta consideracion como capitán general, como duque y como grande de España.

De resultas de esta rencilla etiquetera, la *duquesa de Rianzares* se amoscó y dijo á la Reina que no asistiría al baile de palacio si se convidaba al general *Espartero*. Por lo demas el *Tío Camorra* puede asegurar que doña Isabel II habia puesto el nombre del *Duque de la Victoria* entre los primeros convidados.

Ya vé usted, señora *Prensa*, mi estimada amiga, como ha estado usted mal informada al hablar del asunto, y ha tenido la desgracia de hablar al buen tun tun, como cuando sin conocer siquiera los principios de la doctrina homeopática se puso á dar consejos al *alópata leonés*. En esta cuestion senti, francamente, amiga mia, verla á usted desbarrar hasta el punto de decir que la medicina homeopática se oponia á la gravedad del carácter español. Yo pregunto: ¿La medicina homeopática es una verdad ó una mentira? Si es una verdad, debemos admitirla por mas reñida que aparezca con la gravedad, y si es una mentira no se necesita apelar á este pueril recurso para aniquilarla. Sobre este asunto pienso decir á usted dos palabras amistosas en mi próxima paliza.

Se suscribe en Madrid á 5 rs. al mes en la redaccion Pasadizo de S. Ginés, num. 3, cuarto principal, y en las librerías de CUESTA, MATUTE, GASPAS y ROIG, en el obrador de libros rayados y encuadernaciones de MARIN y BATRES, calle de S. Martin, num. 4, y en la librería de MONIER, carrera de S. Gerónimo.

En provincias; 18 rs. por trimestre, en las principales librerías y administraciones de correos.

*Editor responsable*, D. FRANCISCO SALES DE FUENTES.

Imprenta de José María Ducazal — Pasadizo de San Ginés, num. 3.